

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

Nº 267

50 cts.



La gran  
Duquesa  
y el Camarero

POR

Florence Vidor  
Adolphe Menjou

NÚMERO EXTRAORDINARIO

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción { Vía Layetana, 12  
Administración { Teléfono, 4423 A.

Año VI BARCELONA N.º 267

## La Gran Duquesa y el camarero

Película basada en la comedia de Alfred Savoir.

### REPARTO

Alberto Belfort.	.	.	.	ADOLPHE MENJOU
Gran Duquesa Zenia .	.	.	.	FLORENCE VIDOR
Condesa Grascovia Avaloff .	.	.	.	Dot Farley
Gran Duque Pablo. .	.	.	.	Lawrence Grant
Gran Duque Pedro. .	.	.	.	André Béranger
Matard. .	.	.	.	Brandon Hurst
Carlos, el criado. .	.	.	.	William Courtright
Maxine. .	.	.	.	Bárbara Pierce
			etc.	

## Superproducción PARAMOUNT

Distribuída por

SELECCINE, S. A.

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
PAULINE STARKE

JAHANIS ATRAVI  
ADMIRABILIS

ESTRATEGIA Y DIPLOMATICA  
DE LOS GRANDES HOMBRES

OBRA DE JAHANIS

---

Prohibida la reproducción  
Revisado  
por la censura gubernativa.

---

J. Horta, impresor - Barcelona

---

## La Gran Duquesa y el camarero

---

### Argumento de la película

---

El Teatro de la Opera de París estaba, aquella noche, radiante. Bajo las enormes lámparas de plata y cristal, centenares de espectadores ponían sus gemas de riqueza y color. Los fracs masculinos se confundían con los vaporosos vestidos de las mujeres, con las joyas de luz centelleantes sobre las gargantas esbeltas. Allá, en lo alto, un pueblo abigarrado y alegre ocupaba las graderías de entrada general, contemplando con admiración el mar de lujo de la platea.

En uno de los palcos, estaban dos muchachas y un caballero. Una de ellas dijo de pronto, como si continuara una conversación sostenida consigo misma:

—Es bien extraño. ¿Por qué no habrá llegado todavía Alberto?

—Algún negocio lo habrá retrasado... como de costumbre — le respondió su acompañante con maliciosa sonrisa.

La muchacha enmudeció y volvió a quedar pensativa.

Alberto Belfort era un joven millonario, gallante y calavera, una especie de Don Juan, irresistible en las conquistas femeninas, como el héroe legendario. Sus triunfos de amor formaban época. Iba prosiguiendo la vida entre continuas victorias, olvidando fácilmente la pasión ya conseguida para buscar la nueva y lejana tentación.

Ahora, Mary, la muchacha que había preguntado por él, era uno de sus últimos y vagos "flirts". Aquella noche le había prometido Alberto no faltar a la Opera, y su tardanza comenzaba a impacientar a la joven.

Entretanto, Alberto Belfort descendía de un automóvil ante la puerta de su hotel. Besó una mano de mujer que asomaba por la ventanilla del coche.

—Siento mucho tener que dejarte tan pronto, primor... ¡Los malditos negocios!

Y saludando gentilmente vió alejarse al vehículo mientras la mano femenina, fina y enguantada, desaparecía en el interior.

Alberto, sonriente, entró en el hotel, y sin perder un átomo de su serena tranquilidad, salió a la calle de nuevo por otra puerta del gran edificio.

¡Ah, las combinaciones que debía realizar para atender todos sus bellos compromisos! A veces las citas eran a la misma hora, y entonces, tenía

que inventar la urgencia de fantásticos negocios. Pero seguía su vida de glorioso Don Juan, sin dejar nunca en los combates de amor, ni la sombra de su alma.

Subió a otro automóvil, dirigiéndose al Teatro de la Opera, donde Mary, su amiga, le esperaría impaciente.

Llegó al palco y saludó cordialmente a todos. Los ojos de Mary resplandecieron de alegría.

—Perdóname, chiquilla... Un negocio importante me ha impedido llegar con puntualidad... ¡Ya te harás cargo!

Ella sonrió de modo indefinible, como si no creyera esa excusa banal.

—¡Comprendo!... ¡Comprendo!... ¡Ya sé qué clase de negocios son los tuyos!...

Demasiado sabía ella quién era Alberto. Le amaba en silencio, deseando ser una más en la legión de enamoradas de él, pero comprendía que ese millonario era incapaz de amar a nadie con fidelidad, sintiendo pronto el cansancio de lo mismo.

Mary, antigua bailarina, hubiera deseado para su orgullo vanidoso la absoluta conquista del galán. Pero Alberto la trataba como a una de tantas, sin distinguirla apenas de las demás.

De repente en la sala pareció hacerse como una nueva luz. Ocuparon uno de los palcos, vacío hasta entonces, una señora y dos caballeros. Era la primera, joven y alta, de aristocrática belleza, de cabellos negros, en los que resplandecía una diadema de brillantes. Sus acompañantes lle-

vaban en la solapa del frac numerosas condecoraciones.

Se trataba de la gran duquesa Zenia, que había llegado a París, esperando que una contrarrevolución zarista arrojara a los bolcheviques del palacio imperial de Petrogrado. Desgraciadamente para ella, los rublos de oro y las joyas que un día lograra pasar, a escondidas, por la frontera, se estaban rápidamente agotando y su situación económica comenzaba a ser grave y comprometida.

Tomó asiento, paseando su mirada clara y orgullosa por la inmensa sala. A su lado se acomodaron los dos caballeros. El de más edad, fornido y robusto, era el gran duque Pablo, tío de Zenia, y el otro, muchacho pequeño, que parecía siempre fatigado, bajo una sonrisa de desdén, era su primo, el gran duque Pedro.

Alberto se aburría conversando con Mary. Esta tenía en sus manos unos gemelos de nácar que ponía a menudo ante los ojos de su amigo.

En una de aquellas evoluciones, Alberto le quitó los gemelos.

Los graduó a su placer y sus ojos descubrieron a la gran duquesa, arrogante en su silla de terciopelo, como una reina en su trono. Volvió a mirarla con emoción, pareciéndole que aquella hermosa figura de mujer iba acercándose a él por una visión de óptica y penetrando hasta lo más hondo de su alma. ¡Soberbia criatura!... Era superior a cuantas mujeres había tratado hasta entonces. Devolvió los prismáticos a Mary, se levantó, y dijo con voz turbada:

—Perdonen un momento, señores. Ahora recuerdo un negocio importantísimo, de vida o muerte, que he de resolver...

Sin tiempo para responderle, le vieron desaparecer de su lado. Cada negocio significaba para Alberto, una mujer... ¡Ah, ingrato!

Alberto escribió una tarjeta en el antepalco y la entregó a la mujer encargada del piso para que la pasara a la elegante señora. Luego, volvió con sus amigos, aguardando impaciente la contestación...

Una acomodadora entró en el palco de la duquesa con la tarjeta en la mano. Zenia estaba distraída contemplando la representación. El gran duque Pablo cogió el pequeño mensaje y leyó estas palabras:

*Hermosa señora: Desearía seros presentado.  
¿Me concederéis este honor?*

Pablo quedó atónito. ¿Quién sería ese impertinente atrevido? El gran duque Pedro cogió la tarjeta. ¡Bah, algún imbécil!... Iba a romperla, cuando Zenia se la arrebató, con cierto afán de curiosidad. La leyó lentamente y luego rasgóla en pequeños pedazos que fueron cayendo sobre la tibia alfombra. Y alzó la cabeza alta y paseando la mirada por la sala como si desafiara al audaz enamorado.

Alberto, que había contemplado toda la escenita, quedó compungido al ver su desenlace. ¡Mal le acogía aquella bella señora! Mary y sus amigos, que presenciaron también lo ocurrido,

adivinaron la verdad. Por aquella vez, el famoso conquistador era derrotado.

—¡Vamos... vamos! — le dijo Mary —. He ahí una mujer que no lograrás conquistar nunca...

Alberto sonrió... En su alma, joven y poderosa, había la resolución firme de vencer a la dama altiva.

Toda la noche, Alberto estuvo pendiente de Zenia. Cuando finalizó la representación, mientras el millonario y sus amigos esperaban ante la puerta su automóvil, vieron pasar a Zenia y a los dos caballeros.

El aire pareció cargarse de esencias al pasar aquella figura linda, de una elegancia real. Alberto quedó pálido, sobrecogido, inmovilizado en su sitio. Pero cuando vió que la dama y sus amigos desaparecían en un automóvil, tomó una resolución.

—Señores... yo les dejo a ustedes — dijo a sus compañeros —. Voy a coger un taxi... No recordaba que tengo otro negocio...

Y saludando gentilmente se dirigió a la calzada montando en un coche de alquiler.

—Siga usted al auto que va delante — dijo al chauffeur.

Mary y sus amigos comentaron la partida... ¡Oh, ese Alberto no curaría nunca! ¡Le seducía ahora aquella desconocida! ¡Siempre el mismo!

Zenia y los duques hablaron de la situación de su lejana patria, mientras el coche les conducía al Hotel St. Antoine. ¡Ay! ¡Cuándo vol-

verían los días de gloria y lujo? ¿Por qué el mundo había cambiado tanto?

Descendieron ante el hotel. Alberto Belfort lo hizo a su vez, deseoso de conocer la identidad de aquella dama arrogante.

Cuando penetró en el hall, la gran duquesa y sus compañeros se disponían a tomar el ascensor.

Alberto preguntó a uno de los mozos:

—Oiga, ¿podría usted decirme quién es aquella señora de la diadema?

Y puso en sus manos una moneda de plata.

—Lo ignoro... Voy a llamar al administrador del Hotel y él le informará — respondió el criado.

El administrador se presentó en el acto, servicial y agradable.

—¿Qué deseaba?

—Poca cosa. Deseo conocer el nombre de esa dama que espera el ascensor.

—¡Ah, esa dama! — le contestó, sonriendo —.

Se trata de la gran duquesa Zenia, una parienta del Zar que ocupa todas las habitaciones del tercer piso del Hotel... Tiene aire de reina, ¿verdad?

Zenia entró en el ascensor desapareciendo con sus dos amigos. Alberto se sintió emocionado por esa criatura de encanto maravilloso. Una rusa, novelesca y real. ¡Adorable!

Pidió al administrador que le facilitaran las habitaciones más cercanas a las de la Duquesa. Iba a trasladarse allí. Firmó en el bureau. Le dieron toda clase de facilidades al conocer su nombre. ¡Un millonario así! Zenia ocupaba todo

un piso, Alberto podría quedarse con las habitaciones situadas precisamente debajo de aquél. Más cerca, era imposible.

El mismo administrador le acompañó a su nuevo alojamiento. Deseaba que le fuera grata la estancia en el hotel: ¡Un millonario que iba en busca del amor!

Entretanto, la gran duquesa y sus parientes habían llegado a sus estancias. La dama de honor de Zenia, la condesa Avaloff, salió a su encuentro con un telegrama en la mano.

Zenia abrió ese papelito azul y en sus ojos pareció flotar un matiz de disgusto.

*Envien dinero — le decía el despacho—. Son necesarios muchos fondos para lograr el triunfo de la revolución. Imposible hacer nada sin ellos.*  
— Ivan.

¡Dinero, siempre dinero! ¿De dónde sacarlo?

El gran duque Pablo dejó de fumar el enorme puro que sostenían sus labios, y cogió el telegrama.

— Me parece, Zenia, que no volveremos a Rusia... Los otros gobiernan... y con fuerza.

Esa tristeza de no ver más la patria, puso en todos una sombra de malhumor. Solamente el gran duque Pedro, con aquel gesto de indiferencia que le caracterizaba, hizo un mohín de desdén. El, mientras pudiera beber las ricas copas de champaña que constituían su debilidad y su pasión, lo demás poco le importaba... Y sus manos teclearon en el piano una marcha alegre.

Zenia le gritó indignada:

— Calla... calla ¿aún tienes valor para tocar?... Piensa en nuestro destierro.

— ¿Por qué he de preocuparme? — respondió el joven—. ¿Acaso no le pronostiqué eso al Zar



*El gran duque Pablo dejó de fumar el enorme puro que sostenían sus labios, y cogió el telegrama.*

hace muchos años?... Desengáñate, Zenia... podemos despedirnos para siempre de volver a Rusia. No creo en la revolución.

La duquesa, enfurecida, paseaba nerviosa por el salón. ¡Aquel Pedro! ¡Tan indiferente para

todo!... Y sus piernas firmes de amazona pisaban con fuerza el pavimento, como si quisieran aplastar a los enemigos del Imperio.

Alberto, desde su habitación donde estaba hablando todavía con el administrador, vió que la lámpara de cristal del techo parecía balancearse, produciendo el frágil rumor de un entrechocante de vidrio.

Sonrió. ¿No eran las habitaciones de arriba las de la gran duquesa?

—Señor Belfort... Pisan fuerte, ¿verdad?... ¿Será tal vez la rusa?

Por si lo fuera, Alberto, con una sonrisa exquisita, lanzó un beso a la lámpara, cuyos cristales aun se movían agitados por la trepidación.

Salió el administrador y Alberto, sonriente, dominado por una repentina inspiración, cogió el teléfono, y llamó.

—Haga el obsequio de comunicarme con las habitaciones reales...

La gran duquesa había vuelto a sentarse, aturdida por dolorosas preocupaciones.

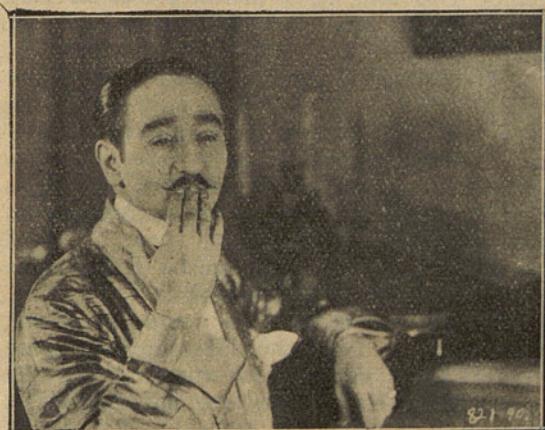
—A menos que ocurra un milagro nos vamos a morir todos de hambre... Mañana el administrador nos presentará la cuenta del Hotel...

La miraban todos consternados ante esta perspectiva. El gran duque Pablo seguía mordiendo su puro, su costumbre favorita, y el gran duque Pedro, inclinado sobre el piano, parecía soñar en el oro del champaña.

Sonó el timbre del teléfono y la condesa Avaloff acudió al aparato.

—Deseo hablar con Su Alteza, la gran duquesa Zenia — dijo una voz varonil, de simpáticos matices. Era la voz de Alberto.

—Yo soy la condesa Avaloff, dama de honor de Su Alteza... ¿Qué desea usted?



Alberto, con una sonrisa exquisita, mandó un beso a la lámpara...

Alberto se impacientaba. ¿No acababa de decirselo? Quería hablar con la duquesa.

El gran duque Pedro cogió el auricular de manos de la dama y dijo:

—Está usted hablando con el gran duque Pedro... duque de Estonia, príncipe de Finlandia.

dia, conde de Polonia y primo de Su Alteza...

—¡Bien... bien! — respondió la voz de Alberto—. Todo esto es muy interesante, pero yo con quien deseo hablar es con la duquesa...

Zenia parecía alejada de esa conversación telefónica. Una idea fija le martilleaba el cerebro: sus dificultades económicas. ¿Qué iba a hacer sin dinero?

El gran duque Pablo se acercó a su vez y cogió el aparato.

—Soy el gran duque Pablo, tío de Su Alteza... Y usted, ¿quién es?

Alberto respondió, enfurecido por esa cadena de precauciones que le impedían acercarse a su ídolo:

—¿Es preciso hablar con media Rusia antes de comunicarse con la duquesa?

Pablo, acostumbrado a las actitudes cortesanas, de eterna sonrisa, quedó sorprendido ante la dureza energética de aquella voz.

—¡Debe ser aquel idiota que nos escribió en el teatro! — dijo.

—¡Cuelgue el auricular! — ordenó Zenia con voz seca y dura.

Obedeció el gran duque con indiferencia. Alberto escuchó el sonido del timbre que indica el fin de la comunicación. ¡Maldito duque! ¿Cómo acercarse a la rusa?

Pero él era tenaz y su historia le abonaba para el triunfo. ¡Había vencido a tantas mujeres que se mantuvieron primero frías e inaccesibles, a la conquista! ¿Fracasaría con la duquesa? Las dificultades aumentaban su anhelo de victoria.

Además, no se trataba ya de una de tantas mujeres como habían pasado por su vida sin otro recuerdo que su perfume; Zenia, sin haberle hablado nunca, significaba para él algo más. Le parecía que era la mujer amada, aquella cuyo nombre se escribe con la expresión de única. ¡A ganarla, a vencer! Sentía la embriaguez del capitán que espera el abrazo de la gloria.

Llamó por teléfono a su ayuda de cámara, un viejo que estaba enterado de todas sus correrías, y le dijo:

—Carlos, ahora estamos alojados en el hotel Saint Antoine... Traiga las cosas para acá inmediatamente...

Después, se dispuso a esperar el nuevo día. ¡Ay, la duquesa!... Y contemplaba la gran lámpara de cristal que señalaba con sus áureos movimientos los pasos breves de aquella rusa transplantada a esta tierra de sol y que debía añorar los panoramas blancos de su patria, cubiertos de capas de nieve helada.

\*

Por la mañana temprano, el administrador se presentó en las habitaciones de la gran duquesa con la inevitable cuenta en la mano.

Zenia descansaba todavía. El encargado del

hotel entregó la nota al gran duque Pablo. A la tarde, volvería para cobrar.

El gran duque, mordisqueando su eterno cigarrillo quedó horrorizado al leer el total de la cuenta. 275,420'90 francos. ¡Un verdadero capital!

Pedro, teniendo ante él una copa del áureo vino que gustaba de saborear con una delicia voluptuosa, le miraba, con el aire cansado del hombre cuyo único objeto es vivir bien y huye de las dificultades que hacen su aparición. ¿Por qué tenía que haber dinero en el mundo? Mejor dicho, ¿por qué los demás debían pedir dinero?...

Los ojos de Pablo se inflamaron como brasas ardientes, queriendo competir con la punta ardiente de su cigarro.

—Champaña para el gran duque Pedro...

Junto a estas palabras figuraba una cantidad exorbitante de francos...

Leyó la cifra en alta voz y contempló a Pedro que bajó los ojos con una timidez simpática... Si la vida no era eso... ¿para qué entonces vivir?, parecía decirle el muchacho.

Pero el gran duque no insistió en sus censuras, al ver otro capítulo de gastos que subía también una cantidad respetable: los tabacos consumidos por él.

Bajó a su vez la mirada. Sí, sí, la vida se hacía imposible... Ya no podían permitirse los nobles el lujo de tener sus pequeñas debilidades. ¡Todo valía un dineral! ¡Cómo abusaban los malditos fondistas!

En las habitaciones de Alberto, el joven mi-

llonario daba los últimos toques a su "toilette".

—¿Qué asunto nos trae aquí, señorito Alberto? — le preguntó Carlos, con la confianza que podía dar su antigüedad en el servicio.

—¡El amor, Carlos, el amor!

—¿Otro?

—¡Esta vez es amor de veras, Carlos! ;Te lo juro!... Ya ves, me siento tan contento como un estudiante que tuviera novia...

—Pero usted no es ningún estudiante, señorito...

—Ni tengo tampoco esa novia... Carlos... Pero la tendré... Tú verás como vencemos en toda la línea.

Almorzó con buen apetito. Un criado viejo del hotel se esmeraba en servir a Alberto. Pero el ayuda de cámara, Carlos, que conocía los gustos de su amo, deseaba alejar al camarero intruso. Entre los dos servidores se establecía cierta rivalidad profesional, demostrada por miradas, pequeños codazos y algunas palabritas duras...

Alberto reía... y a veces miraba la lámpara. ¡Allá arriba estaba Zenia!

En sus habitaciones, los grandes duques comentaban su situación.

—¿No me dijiste ayer que habías encontrado un medio de hacer dinero? — preguntó el gran duque Pablo.

—Me lo figuraba — respondió el joven Pedro. Compré automóviles a plazos y los vendí un poco más barato al contado, pero la policía puso reparos y tuve que abandonar el negocio...

El gran duque Pedro dió una violenta pa-

tada contra el suelo. ¡Estúpido! ¡Aquel chico era incapaz de nada bueno!

El golpe repercutió inmediatamente en la estancia de Alberto. La lámpara osciló y los pequeños cristales parecieron tocar una sonata armónica.

Alberto sonrió.

— Es la gran duquesa — dijo el camarero del hotel, queriendo hacerse interesante a ese cliente distinguido.

— ¿La conoce usted? — preguntó Alberto.

— Tengo el honor de servirla todos los días.

— ¡Hombre afortunado! ¡Cuánto le envidio su suerte!

Dirigió otra vez los ojos a la lámpara que se movía suavemente, agitada por el golpe. Echó un beso de amor, en que parecía escaparse su alma. ¡Para ella, la gran duquesa!

El camarero y Carlos sonreían... De pronto, Alberto se fijó en el traje del primero y una idea repentina vino a iluminar su imaginación. ¿Por qué no? ¿Qué no haría él para acercarse a la dama?

Y aquella tarde, a la hora del te, Alberto convenido con el criado mediante una buena gratificación, vistió un traje de camarero del hotel y se dispuso a penetrar, con la mesa del te, en el piso de la duquesa.

Recibió algunas lecciones del viejo sirviente, el modo de colocar la servilleta, de poner el azúcar. Una pequeña relación del arte de servir el te.

¡El, un millonario, vestido de camarero! Pero ¿qué importaba?

El criado le entregó la chapa que Alberto se colocó en la solapa del frac, y arrastrando la mesa, llena del servicio de te, se dirigió a las habitaciones de la duquesa. Su alma temblaba. ¿Iría bien la estratagema? ¿Sabría desempeñar con la suficiente dignidad el papel seco, frío y correcto de un camarero de hotel? ¿No le vendría su emoción?

El administrador del hotel había entrado poco antes a visitar a Zenia. Llevaba el recibo firmado, esperando percibir la cuantiosa suma que le adeudaban.

Saludó, reverente, a la elegante dama que apenas se dignó mirarle. Esperaba silencioso la resolución de la duquesa.

Por fin ésta rompió a hablar. Parecía que le costaba trabajo tener que discutir esos menesteres de cuentas, que ella había desdeñado siempre.

— ¿Quiere usted hacer el favor de decirme cuánto es el importe total de mi deuda al hotel?

El administrador le hizo conocer la suma, agregando:

— Tal vez le parecerá excesiva, pero Vuestra Alteza debe tener en cuenta que el gran duque Pablo fuma los tabacos más caros que hay en la Habana.

El aludido le dirigió una mirada de fuego. ¡Ponerle en evidencia!

— Y el gran duque Pedro no se conforma más que sirviéndole el champaña más añejo...

Pedro bajó los ojos. Era como un colegial al que descubriesen su falta. Parecía reconocer su culpa, pero sin enmienda.

—Además — siguió diciendo el administrador — los perros y los perritos de la condesa Avaloff estropean todos los muebles y las alfombras.

La condesa mudó de color. No se limitó a protestar en silencio, sino que con la vivacidad de la mujer, respondió:

—Caballero, mis perros son aristócratas... y no estropean nada...

—Tan aristócratas como usted quiera, señora condesa, pero ellos no deben saberlo... y lo manchan todo.

Iba a replicar la condesa, airada, en defensa de los animales cuya legítima estirpe se ponía en duda, cuando un leve gesto de Zenia la hizo enmudecer. Sí, sí, era mejor callar que discutir con gente de otra clase.

Alberto entró, temblando, en la habitación. Se sintió invadido de una extraña agitación al encontrarse en este ambiente sumiso al que se presentaba con categoría inferior. Quedó ante la mesa de té, discretamente apartado, y esperando la orden de servirles.

La voz de Zenia se dejó oír como un rumor de cristal... como el sonido de la lámpara.

—Durante los tres últimos años hemos vivido de nuestras joyas... — dijo —. Y ahora para pagar mi cuenta, tengo que deshacerme de la más preciosa de todas... ¡El collar de Catalina la Grande!

Y señaló la soberbia joya que pendía de su cuello. Se despojó de esta maravillosa creación, quitándose al propio tiempo los pendientes, cuya combinación de perlas y brillantes era del propio estilo que el collar.

Por un momento, la tuvo entre sus manos, como si acariciara algo muy suyo.

—¡Zenia! — dijo el duque Pablo — vender este collar es imposible!... ¡Sería un verdadero sacrilegio!

Pero ella, mirando la joya por última vez, recogiendo el brillo mate de las perlas y el resplandor de las talladas piedras, se lo entregó a su tío y añadió:

—Lléveselo y que lo tasen.

Y luego, dijo al administrador:

—Mañana se le entregará a usted lo que se le debe hasta el último franco.

—A sus pies, señora...

El acreedor abandonó la estancia, y Alberto procuró esconder la cabeza para que aquél no reconociera el engaño y echase la combinación a perder.

Pablo metióse el collar en el bolsillo y fué a ocupar un diván, sentándose junto a Pedro. A todos la idea de vender la joya parecía ponerles de luto. Era como si el último girón del pasado se rompiera.

Zenia, viendo al camarero que esperaba para servirles, exclamó:

—Vamos a tomar el té...

Había llegado el momento. Alberto, atolon-

drado, se dispuso a servir el dorado líquido. ¡Que Dios le ayudara en su misión!



*Acercóse a la duquesa y le entregó la servilleta, el plato y la taza...*

Acercóse a la duquesa y le entregó la servilleta, el plato y la taza, pero vacía. Lo mismo hizo con la condesa y los grandes duques. En

su confusión, se olvidaba de poner te en las tazas.

Zenia acercó la taza a los labios, y se dió cuenta de que estaba vacía. ¿Qué significaba aquello?

—He pedido te — gritó.

Y dirigió una mirada de desdén al camarero, como si le extrañara ese olvido trascendental...

La condesa Avaloff contempló a Alberto con ira. ¿De dónde habían sacado a aquel camarero tan imbécil? Parecía embobado, con los ojos fijos en la gran duquesa.

—Perdone usted, señora duquesa... Perdone — dijo Alberto.

Con una bandeja recogió las cuatro tazas y fué a la mesa a llenarlas de te. Sus manos temblaban. En su vida había pasado un mal rato como aquel. Ahora comprendía que en el mundo todo tiene su mérito: hasta el oficio, al parecer sencillo, de servir el te.

Sonrió al ver en los pequeños recipientes el humeante líquido. ¡Bien por él! Y se dirigió primero a Zenia, entregándole la taza. Lo propio hizo con las demás personas del séquito, que le miraban adivinando sus torpes maneras.

Zenia agitó la cucharita de plata y bebió un sorbo. Alberto, frente a la mesa de te, contemplaba con pasión a la mujer amada.

—Este te está infame — dijo súbitamente la duquesa, dejando de beber.

Bebieron todos y convinieron en que el te estaba realmente amargo: como que no había azúcar.

Alberto, olvidándose por un momento de su rigidez de criado, cogió una de las tazas que tenía sobre la mesita, la llenó de la aromática infusión y bebió unos sorbos.

—Tenéis mucha razón, Alteza, el te está infame — dijo.

La duquesa se volvió sorprendida. Pero ¿qué atrevimiento era aquel? ¡Un criado probando el té! ¡Un camarero, dirigiéndole la palabra!

La condesa Avaloff, rígida servidora de la etiqueta, le gritó:

—Cuando le preguntén contestará usted... Su Alteza está aguardando la leche y el azúcar.

—Voy al momento...

Los grandes duques Pedro y Pablo le miraron, aquél divertido, y éste enojado. En su vida habían visto un caso igual. ¡Un camarero tan estúpido! ¿Cómo lo tenían en el hotel?

Alberto estaba rojo. La sucesión de planchas que coronaban su actuación, le ponía tan nervioso que era incapaz de ver los objetos. Buscaba inútilmente la azucarera, no acertando a encontrarla en el pequeño recinto de la mesa.

—¡Estúpido! — le gritó la condesa Avaloff. — ¡Está detrás de la tetera!

Orientado por esa voz cogió maquinalmente lo que pedían. Con una mano sostenía el jarro de leche y con la otra el estuche del azúcar.

Se dirigió temblando a servir a Zenia. Esta comenzaba a impacientarse. ¿Es que querían fastidiarla en el hotel, mandándole el peor camarero?

Alberto se acercó a la duquesa. Puso azúcar

en la taza. A Zenia le cayó, de pronto, la servilleta que tenía extendida sobre la falda. Siempre reverente y cortesano, Alberto se inclinó para recoger esa prenda y entregarla airosoamente a la hermosa. Pero al agacharse derramó toda



*En su vida habían visto un caso igual. ¡Un camarero tan estúpido!*

la leche del jarro sobre la duquesa, manchando de blanco de modo horroroso el terciopelo negro de su vestido.

La duquesa dió un grito y se levantó, enfurecida.

—¡Idiota! — rugió—. ¡Quítese de mi presencia!... ¡En Rusia le azotaría!

Parecía vivir en ella la mujer de la Corte, orgullosa y dominadora, pronta a azotar al torpe esclavo que la servía. ¡Idiota! ¡Idiota!...

La condesa y los duques corrieron a ella. Alberto maldecía su desgracia. Deseando remediarla, con un paño quiso limpiar el vestido de Zenia, pero ésta le rechazó con horror.

—¡Señora duquesa... perdón... yo no quería!

—¡Retírese de aquí, imbécil! — le gritó el gran duque Pablo.

Alberto, alelado, parecía un muerto. Zenia se encerró en su habitación para mudarse de traje. ¡Imbécil camarero! ¡Imbécil!

Alberto salió de la estancia, dejándose caer abatido en un sillón del corredor. ¡La había hecho buena! Las dificultades que existen para tomar el te!

Su ayuda de cámara Carlos que, desde la puerta, había presenciado algo de la catástrofe, le contemplaba con pena. ¡Pobre señor!

El gran duque Pedro salió para dirigirse a su habitación. Al ver a Alberto, sintió compasión por el infeliz y puso en sus manos un franco.

Alberto contempló sonriente aquella moneda y la guardó en el bolsillo.

El primer dinero que ganaba en su vida, pero ¡qué mal!

Su criado se acercó para decirle:

—Ya sé que no es usted de los que se dan por vencidos tan pronto... Me acuerdo de la última vez.

—¿Vencido yo? ¡Nunca!... No he realizado una obra primorosa, pero enmendaré mi yerro... He de pedir perdón a la duquesa...

Ya más tranquilo, penetró de nuevo en la estancia para recoger la mesa de te.

La gran duquesa había salido de su habitación, vestida con otro traje, y se sentó en un diván con un libro abierto. Tras ella, llegó la condesa Avaloff, que al ver al camarero, le dijo:

—¿Todavía está usted aquí? ¿No sabe encontrar la puerta?

Volvióse Zenia y miró al joven. Era una primera sensación de burla y de interés por aquel hombre que se había turbado tan profundamente ante su presencia. Pero volvió a enfascarse en su lectura, con aristocrático desdén.

Alberto, al ver a Zenia, se dirigió audazmente a ella, para decirla:

—Tengo que hacerle una súplica a Vuestra Alteza... Se trata de una petición humilde.

Zenia le miró resueltamente. ¿Cómo se atrevía aquel criado a interrogarla? La condesa Avaloff abría desmesuradamente los ojos sin salir de su asombro. ¡Qué escándalo!

—Todas las peticiones que quiera hacerme diríjalas a mi dama de honor... — le contestó con voz seca y vibrante—. Si valen la pena, ella se encargará de transmitírmelas...

Y siguió leyendo su libro.

Alberto, en aquel instante, hubiera deseado arrojarse a los pies de la duquesa y pedirla perdón. Pero tuvo que resignarse a la orden imperativa de ella.

—Condesa Aval... Avaloff... Os suplico... os ruego... os dignéis transmitir mi petición a Su Alteza...

La dama le dirigió una mirada de rencor.

—Seré un camarero estúpido, mas la devoción que siento por Su Alteza me es imposible expresarla con palabras...

Zenia no levantó los ojos del libro. A su pesar, escuchaba interesada la conversación. ¡Era tan extraño todo aquello!

—Quiero suplicaros que se me permita servir a Su Alteza, con el mayor respeto, con la más humilde devoción, como un esclavo, si es preciso — terminó Alberto, lanzando una mirada de verdadero amor a la bella Zenia.

—¡Mi respuesta es un “no” categórico! — le gritó la condesa—. ¡Me niego absolutamente a transmitir su petición a la gran duquesa!

Alberto quedó anonadado, con la cabeza baja. La condesa le señaló la puerta; aquello había terminado.

El millonario se dirigió hacia la mesa de té. ¡Estaba vencido! Pero Zenia, cerrando el libro, y con un gesto, le detuvo.

—Me siento profundamente conmovida por las protestas de lealtad de este hombre y estoy dispuesta a concederle la oportunidad que pide.

—Oh, señora duquesa!

Era como si de repente se hubiera hecho el sol en su alma. Quiso arrojarse a los pies de la señora, fué a darle la mano, olvidándose de su miserable condición de servidor.

Pero la palabra de ella le contuvo:

—¡Ahora márchese usted!

Alberto, alegremente, arrastró la mesita, y en su turbación derribó la tetera y varios platos.

¡Siempre el mismo! ¡Siempre el mismo! La condesa Avaloff odiaba a ese criado hasta el punto de desear arañarle. Pero Alberto recogió los objetos caídos y se alejó de allí, saboreando la miel de la primera victoria. Y cerró las puertas lentamente, con una sonrisa burlona que se dibujaba bajo su fino y sedoso bigote.

Zenia y su dama quedaron solas. Esta rompió a hablar y dijo:

—Alteza, me parece que habéis cometido una grave equivocación.

—Y, ¿por qué, Prascovia? Ese hombre me ha inspirado interés, parecía tan conmovido...

—Me parece... me imagino... En una palabra, estoy por asegurar que ese camarero está enamorado de Vuestra Alteza...

Zenia quedó sorprendida, pero agregó:

—¡Qué ridículo! ¡Un camarero, enamorado de una duquesa! ¡Prascovia, Prascovia, tú estás loca!

Reía con impetuosas carcajadas como si quisiera convencerse a sí misma de que aquello no era verdad.

La miraba tanto ese camarero...

—Loca... loca... calla... no sigas más!...

Su risa tenía todos los matices. Franca, irónica, burlona, y a veces, como forzada...

Dejó a la condesa y salió de la estancia, penetrando en la habitación contigua donde Pe-

dro, su primo, bebía su eterna copa de champaña.

—¿No sabes, Pedro? La condesa Avaloff dice que nuestro camarero está enamorado de mí. ¡Fígúrate!

A Pedro le dió tal ataque de risa que estuvo a punto de caer al suelo. ¡Qué cosas tenía aquella dama de honor! ¡Enamorarse un camarero de Zenia! Era como enamorarse de la luna! ¡Ja, ja, ja!

Zenia se sentó en una butaca. Estaba realmente fatigada. Reía aún... ¡cómo le divertía aquella broma!

El duque Pablo fué al piano y tecleó algunas notas; su otra diversión favorita. Este rumor pareció estremecer a la gran duquesa y con gesto ya distinto, le gritó:

—¡Dios mío! ¡qué ruido!. Déjate de música y vete a avisar que preparen el *auto*... Vamos a llegar tarde al teatro.

—Bueno, Zenia.

Salió, con su copa y su botella de champaña. La gran duquesa reclinóse más en el asiento. Se sentía fatigada, invadida por gran cansancio... ¡Qué cosa tan estúpida! — se dijo — ¡Ella... el camarero... qué divertido...! Pero era interesante aquello ¡sí... sí...!

Y quedó dormida.

Poco después, entraba Alberto con una bandeja de plata en la que reposaba una carta. La habían traído para la señora duquesa.

Vió a Zenia dormida, en adorable situación con

una pierna encima de la otra y la contempló breves minutos, emocionado.

¡Su admirable Zenia! Por ella, él seguiría haciendo de camarero, para poder contemplarla, oír su voz, llenarse de la luz de sus ojos.



*...y la contempló breves minutos, emocionado.*

Chocó sus dedos contra la bandeja de plata, produciendo un breve y metálico sonido. ¿Cómo despertarla sin faltar a las reglas de la etiqueta? Pero Zenia no se movió, permaneciendo con los ojos cerrados.

Entonces, viendo que la duquesa seguía dor-

mida, Alberto, sin poder contener los impulsos de su alma, se arrodilló ante ella y con la mano sobre el corazón, comenzó a decir en voz baja:

—Sois la mujer más adorable de la tierra... la más hermosa...

Zenia miró de reojo, sorprendida, al camarero que en tal apostura se hallaba. Volvió a cerrar los ojos precipitadamente, intrigada por saber lo que se proponía aquel sirviente audaz.

Alberto, que seguía creyendo dormida a la duquesa, se fijó de pronto en la pierna fina, de contorno suave que arrancando del zapato iba a perderse en la tentación de la falda. Y llevado de su emoción, se inclinó respetuosamente y depositó en ella un beso tímido y suave de enamorado.

¡No lo hubiera hecho nunca! La pierna de ella se alzó airada y el zapato vino a chocar contra la nariz de Alberto con un golpe duro. Pálida, enfurecida de cólera, la duquesa se levantó. ¡Sentía herido todo el orgullo de su raza por la audacia de aquel vil criado que le faltaba al respeto!

Alberto, avergonzado, continuó en el suelo como si buscara algún objeto perdido. Hubiera querido hundirse en el centro de la tierra.

—¡Miserable, miserable! — gritó ella con el orgullo de una reina ofendida—. ¡Márchese! ¡A las minas de sal de la Siberia! ¡Márchese!

Levantaba el brazo como si agitara un látigo invisible. Alberto tuvo miedo, le pareció que algo iba a descargar contra él hiriéndole con la furia

de un rayo. Y balbuceando unas palabras incoherentes, cogió un cubo de champaña y salió corriendo, temeroso de ver azotadas sus espaldas por un rebenque.

En el pasillo se topó con el gran duque Pedro que al verle huir tan precipitadamente, le dijo:  
—¿Adónde va usted?

—A la Siberia a buscar sal... — respondió Alberto, huyendo como un gamo.

Zenia, llamó a su dama de honor, y le dijo:

—Prascovia, tienes muchísima razón... Ese camarero no es más que un granuja impertinente... Acaba de darme la prueba.

—Alteza, conozco muy bien a esos sinvergüenzas... En una ocasión tuve que defenderme contra las impertinencias de siete revolucionarios.

—Se ha atrevido a besarme. ¡Hay que castigarlo! ¡Hay que castigarlo!

Paseaba nerviosamente por la habitación, excitada de furor. De pronto, su rostro pareció iluminarse. Una idea la hizo sonreír y la comunicó a su dama:

—Tengo un plan. Voy a poner a ese criado a mi exclusivo servicio, y aquí, bajo mis propios ojos, le enseñaré una lección que no olvidará en todos los días de su vida.

—Creo que sería preferible no verle más...

—¿Por qué? ¿Por qué? Prascovia, ese hombre es tan extraño, tan audaz, que merece le haga sentir mi fuerza.

Contra su misma voluntad, contra su orgullo de sangre real, ofendido por el camarero, algo que Zenia no acertaba a definir le llevaba a in-

teresarse por Alberto, mantenerlo a su lado, domarle hasta aplacar su vanidad.

Y desde aquél momento, Alberto pasó a depender exclusivamente de la gran duquesa.

\*  
\*\*

El gran duque Pablo vendió el collar de Catalina de Rusia y con una parte de su importe se pagó la cuenta del hotel.

Alberto era el criado de Zenia. Aquella aventura, su prolongación, le interesaban de modo extraordinario. ¡De millonario a camarero! Sólo en aras del amor podía hacerse un sacrificio semejante. Pero lo toleraba gustoso, esperando que un día la suerte viniera a favorecerle, haciendo suya a la duquesa.

Durante el día, Alberto estaba ocupadísimo, pero por la noche se las arreglaba de modo que pudiese dormir en su propia cama.

Poco antes de las seis, su camarero, Carlos, le despertaba. Era la peor hora del día. Se estaba tan bien bajo el embozo de las sábanas. Alberto, acostumbrado a levantarse a mediodía, ahora tenía que hacerlo antes de salir el sol.

—Señorito Alberto... ya es hora... ya es hora...

Puso el despertador ante sus ojos. Por fin, soñoliento, después de lavarse, se colocó su librea de criado. Metió en sus bolsillos unos billetes de

banco que le había entregado Carlos, y salió a la estancia contigua.

Tres criados, además del viejo que acostumbraba servirle todos los días, le guardaban para cuidar de su desayuno. Al verle de librea, le contemplaron, sonrientes, como pidiendo se gratificara su complicidad.

Estaban todos enterados de ello. Alberto, comprendiendo que era menester hacerles callar, puso en sus manos algunos billetes de banco y les rogó se retirasen.

Zalameros, agradecidos, los criados buscaron la puerta, quedando con Alberto, su ayuda de cámara y el criado del hotel que había sido su primer cómplice.

Mientras devoraba con buen apetito el frugal yantar, entró el administrador del hotel, después de pedir permiso desde la puerta.

Al ver a Alberto vestido de librea, le dijo, cerrando los ojos, como si no se sintiera con fuerzas suficientes para defender su punto de vista.

—Tiene usted que dar por terminada esta comedia, señor Belfort... Mis criados me han enterado... Y francamente, la reputación de mi hotel no permite semejantes bromas.

—Paciencia, Matard — contestó el millonario—. Esta comedia no va a durar mucho tiempo. Es cuestión de un par de días.

Sacó unos billetes, los contó y luego le entregó el paquete entero. ¡Silencio, Matard! Hablando, nada ganaría...

El administrador cogió los billetes, y salió, sin

insistir en su súplica. El regalo de los francos le había hecho variar de opinión.

Alberto, con el despertador, marchó al piso de la duquesa. Iba a comenzar el trabajo del día. Entró en el cuarto de baño, abriendo los grifos del agua. Poco después, el gran duque Pedro, en pijama, se dirigía a tomar esa ablución matinal.

El millonario, al salir del cuarto de aseo, oyó que le llamaban.

Era el gran duque Pablo que le entregaba un par de zapatos.

—Límpielos usted inmediatamente — ordenó.

Una sonrisa irónica suavizó el rostro de Alberto.

—Alteza, yo no soy ningún limpiabotas...

Le volvió desdeñosamente la espalda, siguiendo su camino, y dejó al duque Pablo como quien ve visiones. Pero, ¿a qué punto se había llegado?

La condesa Avaloff salió al encuentro de Alberto, y le dijo, con la voz dura que acostumbraba emplear al tratar con él.

—Tiene usted que sacar los perros a dar un paseo.

Alberto movió negativamente la cabeza.

—Su Alteza aceptó mis servicios como su criado personal... Me niego terminantemente a servir de limpiabotas de los duques, o de niñera de los perros.

—Usted hará lo que se le mande...

Se hallaban cerca de la alcoba de Zenia. La duquesa que, sentada en la cama, leía un perió-

dico, prestó oídos a la discusión entre su dama y el camarero.

—¡Alberto! — gritó, recalcando la palabra.

El criado y la condesa callaron. ¿No era la voz de Zenia?

—¡Alberto! — volvió a repetir la suave voz de la duquesa, ahora con un matiz impaciente.

—La señora duquesa le llama — dijo su dama de honor.

—¿Tengo que entrar en su alcoba? — preguntó, Alberto, asustado.

—¿No oye usted que necesita sus servicios? ¿Qué hace usted ahí parado?

El camarero llegó a la habitación de la duquesa. Ella, desde la cama, le contempló con expresión indefinible.

—¿No ha dicho usted que no quería sacar los perros a dar un paseo?

—Señora... yo no puedo hacer eso — protestó Alberto.

—Pues usted sacará los perros a dar un paseo! — continuó ella con gesto autoritario.

—Sí, sí... yo sacaré los perros a paseo... — respondió ahora aturdido.

—Pues vaya usted allá...

Se lo mandaba ella: su diosa.

Saludó y desapareció turbado... Ella le vencía, le dominaba, con el poder del amor.

Zenia quedó pensativa, con una sonrisa triunfante. Sentía la alegría del orgullo satisfecho.

Sin querer, a veces, pensaba en el camarero y esto la disgustaba, rechazando con fuerza ese pensamiento inútil... ¡No estaba bien que una

señora duquesa perdiera ni un minuto recordando a su criado! Pero algo, en el fondo de su co-



—¡Tengo que entrar en su alcoba!

razón, que no adivinaba lo que era, le hacía ver de nuevo la figura burlona del servidor.

La condesa entró en la alcoba y dijo, mirando severamente a Zenia:

—¿Por qué hizo usted entrar a Alberto? ¡Esto tiene que acabar de mala manera!

Soltó Zenia la carcajada.

—¡Prascovia, no digas tonterías!... Estás ha-



—¡Pues usted sacará los perros a dar un paseo!

blando como una tonta. ¡Que esto haya de acabar mal! ¡Dices unas cosas, Prascovia!

Y reía como si quisiera aturdir su corazón.

Alberto fué a sus habitaciones y llamó a su ayuda de cámara.

—Carlos, pida el auto... Los perros de Su

Alteza necesitan tomar el fresco y nosotros vamos a acompañarles.

Poco después, en su soberbio automóvil, montaban cuatro galgos rusos y dos perritos lulús. Esa compañía disgustaba grandemente a Alberto. Envuelto en un gabán, tomó asiento junto a esas bestias aristocráticas.

Partió el coche velozmente hacia los alrededores de París. Llevaban ya un buen rato paseando por la carretera y se dirigían de vuelta al hotel, cuando Alberto vió aparecer montada a caballo, a la duquesa Zenia acompañada de un jinete: el gran duque Pedro.

—¡Mon Dieu! ¡La gran duquesa!

Descendió rápidamente del coche, quitóse el abrigo, apareciendo con la librea, y bajó la media docena de perros, comenzando a pasearlos por la carretera. Los lulús tenía que llevarlos en brazos: los cuatro galgos rusos, atados por una correa. ¡Una delicia! ¡Apenas podía moverse!

Zenia pasó ante él y detuvo el caballo.

—Cuando haya usted terminado de pasear los perros, los llevará al hotel y les dará un baño — dijo Zenia.

Alberto, silencioso, se inclinó.

Y Zenia siguió arrogante su camino.

El camarero, poco después de regreso al hotel, cumplió el encargo de la duquesa. Lavó los lulús en el tocador del gran duque Pablo... ¡Cuántos sacrificios tiene que realizar un hombre enamorado!

El gran duque le sorprendió cuando terminaba ya la operación.

—Habrás visto indecencia mayor — le gritó —. ¡Lavar los perros en mi lavabo!

—Pensé que era lo mismo...

—¡Insolente, retírese de mi presencia!

Alberto, cogió uno de los perritos, seco y per-



*Descendió rápidamente del coche, quitóse el abrigo...*

fumado, y lo entregó a la condesa Avaloff, diciéndole:

—¿Qué le parece?

—¡Bien... bien... gracias! — dijo la dama, humanizándose ante él por primera vez, agradeci-

da por la atención puesta en el cuidado de sus canes.

Entretanto, la duquesa había regresado al hotel y se disponía a tomar un baño.

Alberto, fatigado por el esfuerzo de su cargo, se dejó caer en un sillón y descansó, fumando tranquilamente un cigarrillo. Estaba en la antecámara de la duquesa.

Maxine, la doncella de la duquesa, salió del cuarto de baño donde Zenia acababa de sumergirse en el agua.

Llevaba en las manos la camisita rosa de la señora, procurando arreglar las cintas de las hombreras.

Al ver a Alberto, se dirigió hacia él.

—Alberto, ¿por qué no me dice usted nada?

—¿Qué quiere usted que le diga? — respondió el joven, malhumorado.

—Sabe que no es usted tan mal camarero como dice la duquesa?

—Usted cree? Pues lo celebro...

La doncella se fué acercando, pero la voz de Zenia la llamó:

—Maxine!

—Vuelvo al instante... La Duquesa me llama desde el baño — dijo.

Y dejando en el respaldo del sillón de Alberto la camisita de Zenia entró en el cuarto contiguo.

—Maxine, traiga mi libro — dijo Zenia, zambullida en la fresca claridad del agua.

La doméstica hizo lo que le ordenaban, y salió de nuevo de la habitación.

Alberto dejó la camisa que había acariciado

hasta entonces con sus manos nerviosas. ¡Ay, tal vez perdía miserablemente el tiempo! Su estratagema sería inútil. ¿Cómo la duquesa iba a fijarse nunca en él?



—Alberto, ¿por qué no me dice usted nada?

—Pues sí, Alberto — le dijo Maxine — . Usted y yo deberíamos ser amigos.

El hizo un gesto de indiferencia.

—¡Alberto! — gritó la duquesa desde el cuarto de baño.

Esta vez el millonario palideció. ¿No le llamaba a él?

Zenia volvió a gritar.

—¡Alberto!

—Alberto, Su Alteza le llama... Vaya — dijo Maxine, no menos sorprendida.

—¿Tengo que entrar en el cuarto de baño? — preguntó el camarero, horrorizado.

—¿No ve usted que sí?

—¡Alberto! — gritó otra vez la duquesa.

El camarero se levantó, y nervioso, impaciente, ruborizado casi, entró en el cuarto de baño. Era como un colegial en situación apurada. Pero ¿qué se proponía la señora duquesa?

Cerró herméticamente los ojos, y quedó frente a la bañera, no atreviéndose a mirar. Lo que iba a ver, Dios santo!

—Usted me manda, señora duquesa...

Nadie le contestó, y Alberto se atrevió a abrir los ojos.

Y la bañera estaba vacía... En su superficie el agua dejaba ver la limpidez de su fondo.

Entonces dirigió la vista por la blanca habitación y vió a Zenia, envuelta en un batín de seda, y reclinada contra la pared.

Con un adorable mohín, ella le dijo:

—Se me ha caído el libro en el agua.

Alberto vió el libro en el fondo de la bañera. Fué a sacarlo.

Subióse una de las mangas, pero Zenia le contuvo:

—No haga usted eso. Recoja el libro tal como usted vá...

—Perfectamente...

Y resignado hundió hasta el hombro su brazo,

empapándose sus ropas del agua fría de la bañera.

—Aquí tiene su libro — dijo.

Se lo entregó. Su brazo chorreaba.

—Gracias... Alberto...

El camarero se retiró... Zenia sonreía... ¡Ay, su dulce venganza!... Se divertía viendo la turbación de Alberto, su enamorado... Y ella le ponía en situaciones difíciles, halagadoras, acercándole la miel a los labios para apartarla luego con refinado estudio...

¡Después de todo, su criado era tan simpático!...

Alberto salió a la estancia vecina donde le esperaba Maxine.

—Maxine, si Su Alteza se empeña en emplearme en esta clase de faenas, voy a perder el poco juicio que me queda.

Quitóse la americana, cuya manga chorreaba el líquido frío.

La doncella se acercó a él, con cierto aire insinuante.

—Alberto, ¿no sabe usted que un criado no es un hombre como los demás?

—Ah, ya comprendo! ¡Un criado debe ser ciego y mudo de nacimiento!

—Como que los dos somos criados, el ser ciego y mudo de nacimiento no reza con nosotros — le respondió ella, y reclinó su cabecita sobre un hombro de Alberto, acariciándole el cuello.

Alberto la miró con estupor. ¡Sólo faltaba

esta complicación! ¡Que la doncella se enamora de él!

Se abrió una puerta y apareció en el umbral la figura de la gran duquesa, avanzando hacia los criados sin ser advertida su llegada.



*...avanzando hacia los criados sin ser advertida su llegada.*

—¿Cómo se atreven ustedes? — dijo, sorprendida. — Aquí, en mi propia habitación!

Alberto se levantó, desolado, requiriendo la americana, pero sin conseguir ponerse la manga izquierda que estaba del revés, hecha un ovillo.

—Yo... perdone... señora duquesa...

Zenia, iracunda, con un disgusto extraño que se retrataba en sus ojos, como una llama de celos, ordenó a Maxine:

—Vaya usted a su cuarto!

La doncella desapareció. Alberto seguía en la tarea de buscar su manga.

—Y usted!... — dijo Zenia con visible desdén. — Claro, usted tiene la culpa de lo que aquí pasa...

—¿Yo?...

—Sí, sí... Hace días que le estoy vigilando... de usted no me sorprende nada.

—Desearía explicar a Su Alteza...

Alberto estaba desolado. ¡Antipática Maxine! La había puesto en buen terreno para acercarse a Zenia!

—De ahora en adelante — dijo la duquesa —, dormirá usted aquí mismo, junto a la puerta de mi habitación.

—Sí, sí... señora duquesa, perdone...

—Salga usted...

Y Alberto, con el brazo en alto, sin encontrar todavía la manga, marchó de la habitación.

Por fin, en el pasillo, logró ponerse la americana. Bastante le había costado. Pero, ¿no acababa de decirle la señora duquesa algo muy interesante? ¡Velar su sueño... dormir junto a su puerta!...

¡Oh, Alberto veía cosas tan raras en aquella actitud!

—Dormirá usted aquí, vigilando mi puerta... Procure no moverse en toda la noche.

—No me moveré — dijo Alberto sonriente.

Cuando ella cerró la puerta, el millonario acercó sus labios para besar las maderas, pero éstas se abrieron con ímpetu.

—Voy a hacerle una advertencia — le dijo Zenia —. Soy muy nerviosa y tengo la costumbre de dormir con un revólver cargado debajo de la almohada.

—¡Medida previsora! — dijo Alberto, riendo.

—Escuche bien. Si por cualquier circunstancia fortuita esta puerta se abriese durante la noche, le recibiría a usted con seis balas, y tenga en cuenta que donde pongo el ojo va la bala.

Un poco pálido, Alberto respondió:

—¡Ha dicho usted seis balas?

—Sí, Alberto... Seis balas.

Y mirándole con ojos que a veces parecían sonreir y a veces tenían una llamita de odio, le cerró la puerta.

Alberto se dispuso a pasar la noche en el suelo. ¡Vaya con la señora duquesa! Ya ni de noche podía pasar sin él... Lo triste era que siempre, así, a distancia...

El millonario puso la almohada a su lado, y se reclinó, en tierra. ¡Pero estaba tan frío aquello! Luego colocó la almohada en el centro de la puerta y se apoyó contra ella, pero pensando en los tiritos, abandonó precipitadamente esta posición para dormir en el suelo, acurrucado junto a la entrada de la alcoba.

Fatigado por la laboriosa jornada, se quedó

dormido. Poco después abrióse la puerta y apareció Zenia.

Contempló un instante a Alberto y le despertó con ligeros puntapiés.



—¡Ha dicho usted seis balas?

El camarero levantóse, aturdido, pensando en las seis balas.

—Tengo un dolor de cabeza terrible — dijo Zenia... — No puedo dormir... Traiga algo para beber.

Alberto salió a cumplir el encargo. La duquesa, sola en la habitación, se dirigió a la chi-

menea donde el camarero había dejado la cartera, y descubrió en ella varios billetes de mil francos. Su sorpresa fué enorme. ¿Cómo aquél miserable criado disponía de tal cantidad?...



Fatigado por la laboriosa jornada, se quedó dormido.

Se dirigió a la mesa con los billetes, y buscó los suyos. Eran de la misma serie, luego, indudablemente, fatalmente, Alberto los habrá puesto allí.

Un mar de confusiones y dudas ensombreció a la duquesa. ¿Qué significaba todo aquello?...

¿Es que el camarero les pagaba los gastos? Ella venía notando desde que entró el joven a su servicio, esa abundancia de francos. ¡Oh, temía volverse loca!

Alberto entró con dos copas y una botella de champaña.

—¿Por qué dos copas? — dijo Zenia, extrañada.

El millonario, tranquilamente, respondió:

—¿Cómo vamos a beber los dos con una misma copa?

—¿Ha tenido usted el atrevimiento de imaginarse que yo iba a beber con usted? — respondió, iracunda.

Y cogiendo una copa, la hizo añicos contra la pared.

¡Oh, el miserable! En aquel instante, sólo su orgullo de la mujer de la Corte, de hembra de sangre real, hacía vibrar su corazón. ¡Y aquel criado, aquel ser inferior, a quien ella en Rusia hubiera hecho azotar con terribles tormentos, le causaba una ofensa así!... ¡Infame, infame!

Vió el dinero sobre la mesa y le gritó:

—¿Podría usted decirme de dónde proviene este dinero?

Lo señalaba con asco, como avergonzada de haber podido usar el dinero de un criado. ¡Ella, una gran duquesa!

Alberto, sin inmutarse, le respondió:

—Señora, pensé que la revolución podría ser permanente y que acaso necesitaseis alguna cantidad...

—Por supuesto — dijo Zenia, despectiva y

con una terrible sonrisa — este dinero lo ha ahorrado usted de su miserable sueldo...

—¡Qué duda cabe, señora!

—Mas, ¿cómo es posible que usted, un camarero, disponga de tanto dinero?

—Con espíritu ahorrador... Yo he sido muy humilde toda mi vida...

—¡Ah, malvado!... ¡Criado desleal!... ¡Hace mucho tiempo que sospechaba de usted!

Hubiera querido arrojarse contra él, en un acceso de cólera. ¡Humillarla así, de aquella manera! ¡Parecía que toda la historia de la familia del Zar se levantaba para censurar al criado que había querido ayudarles en su miseria!

—Es usted un miserable... un traidor... tal vez un espía — siguió diciendo Zenia — o un ladrón... ¡Voy a dar parte a la policía en seguida!

Alberto respondió con la tranquilidad de las horas supremas:

—¿Queréis que yo mismo me encargue de avisarla?

Ella le miró de frente, sorprendida por su gesto.

Pero Alberto cogió el teléfono y llamó. Pronto le pusieron en comunicación con el comisario de guardia.

—¿Es la delegación de policía?

Y luego, brindando el aparato a Zenia, le dijo:

—Señora duquesa... Está pedida la comunicación.

Zenia vaciló un momento, sus ojos cambiaron

de expresión, sus labios temblaron, sus brazos se dejaron caer con expresión de desaliento.

Y murmuró con voz dulce, dejando escapar por primera vez el secreto de su alma:

—No puedo... Usted sabe perfectamente bien que no puedo...

Alberto lo comprendió todo... Fué hacia ella, se inclinó y la besó en los labios, con poderoso ardor, con inconcebible audacia, queriendo absorber todo el jugo de aquella boca de miel.

¡Era su beso de victoria!... Alzó la cabeza y contempló un momento a Zenia, que tenía los ojos brillantes y un aire de felicidad y abandono.

—¡Zenia! — gimió él.

Y otra vez, el beso absorbente moldeó los labios finos, perfumados y frescos de la duquesa.

En aquel momento, mientras Zenia sentía el ardor de los labios varoniles sobre los suyos, pensó realmente que era el amor lo que le había llevado a aquel hombre, el amor que pasaba sobre razas y prejuicios para proclamar su eterno imperio.

Unidos, estrechamente enlazados, fueron a un diván. Por tercera vez se besaron. Y Alberto rompió el silencio.

—Os amo desde el primer momento que os ví — le dijo.

—Y yo te he amado desde aquel día que sin querer te llamé idiota — respondió ella con una confianza de amante.

Se volvieron a besar, con el loco aturdimiento de las eternas caricias. Pero su dulce ensueño

fué turbado por una pasos. Eran la condesa Avaloff y el gran duque Pablo, que al ver la escenita quedaron horrorizados.

Zenia se levantó. Alberto, junto a ella, sonreía... Eh, ¿qué tal?

—¿Habéis perdido el juicio, señora? — dijo su dama de honor.

Zenia quedó, un instante, avergonzada.

—Una aventura galante con un camarero!... ¡y tan mal camarero! — rugió el gran duque.

—Zenia, cuéntaselo todo... — dijo Alberto, orgulloso de su victoria de amor.

Pero Zenia pareció despertar de un sueño. ¿Qué había hecho?

—¡Qué ridículos sois todos! — gritó —. ¿Acaso os habéis creído que era de veras?

Alberto quedó asombrado.

—¿Cómo se atreve usted a llamarme Zenia y a tutearme? — dijo la duquesa a Alberto —. ¡Márchese de aquí, mal camarero!

De nuevo resurgía en ella la mujer aristocrática, superior, orgullosa de su estirpe, que se considera avergonzada al encontrarse en situación comprometida con su camarero. ¡Qué loca, qué loca!... El orgullo venció los sentimientos de amor y en aquel instante hubiera sido capaz de arrancarse los labios...

Alberto, aturrido, creyendo que el mundo estaba transtornado, abandonó la estancia. ¡Ay aquella Zenia! ¡Sentía aún el fuego de sus labios, y acto seguido le rechazaba! ¡Qué cosa tan absurda!

Zenia tenía deseos de llorar. ¿Qué pensaría

aquellas gentes, sus deudos, ante su loca debilidad? ¡Y con un criado! Si a lo menos hubiera sido con un aristócrata...

En aquel instante, entró el gran duque Pedro, con una revista en la mano.

—¡Qué raro es esto! — dijo. — No es éste nuestro camarero?

Contemplaron todos una fotografía con esta inscripción:

*M. Alberto Belfort. Millonario y deportista famoso con su caballo favorito "Sebastián".*

Y el retrato era exactamente el del camarero Alberto.

Quedaron llenos de asombro, de estupor. ¡Qué enorme sorpresa! Zenia sentía correr las lágrimas hacia abajo... Estaba pálida, como muerta... Era incapaz de pensar, de discernir... ¡Quién hubiera podido imaginarse aquello? ¡Y ella había rechazado a aquel millonario poderoso!

A la mañana siguiente, Alberto, repuesto ya de las emociones pasadas, fué a una joyería a comprar el collar de Catalina la Grande.

—Carlos — dijo a su ayuda de cámara — lo he vuelto a comprar por ella. Voy a llevárselo y a suplicarle que me perdone.

Elegantemente vestido, llamó a las habitaciones de la duquesa. Entró en ellas, con el collar en la mano. Nadie. Buscó por las estancias contiguas. La misma soledad. Un sentimiento de

miedo comenzó a invadirle. ¿Dónde estará Zenia?

La revista con la inscripción de Alberto Belfort y su retrato, le hicieron comprender la verdad.

Zenia lo había descubierto todo. Luego, desolado, vió un sobre que llevaba su nombre y lo abrió con nervioso ademán.

*Alberto: Me marchó de París para volver a comenzar mi vida. Gracias por haberme ayudado. ¡Me perdona! Zenia Pavlovna.*

Un gesto triste se dibujó en sus labios. Guardó la carta en su bolsillo. Estrechó el collar entre sus manos. ¡Ay, aquella linda mujer, cómo se le escapaba! ¡Y pensar que era todo su amor! ¡Y tal vez la perdiera para siempre!

\*\*

Durante varias semanas, Alberto anduvo recorriendo toda Francia por ver si encontraba a su perdida duquesa. Pero parecía que se la había tragado la tierra.

Zenia, acompañada de sus amigos, se había puesto al frente de un merendero en los alrededores de París. Ella no podía tolerar que Alberto, aunque fuese millonario, les diera dinero, sosteniendo sus gastos. Y huyó del hotel para formar una nueva vida de trabajo, como habían

hecho otros nobles rusos emigrados que se acogían a los más humildes oficios.

El tiempo iría aplacando lentamente la pasión por Alberto, que comprendía era su verdadero amor. El pasado había muerto. ¡A olvidarlo para siempre! Ahora debían mirar hacia adelante.

Zenia y su antigua dama Prascovia eran las administradoras del merendero. El gran duque Pablo habíase convertido en el cocinero del mismo, y el gran duque Pedro en el camarero, secundándole Maxine, la ex doncella de la duquesa.

Realizaban bastante negocio. Especialmente los días de carreras, mucha gente tomaba algo en el merendero.

Un domingo, la concurrencia fué más numerosa que de costumbre. Era el día del Gran Premio. Zenia lo comentó con su primo Pedro.

—En otros tiempos en vez de estar aquí, yo estaría en las carreras de caballos — dijo el muchacho con el deseo de la riqueza perdida.

Zenia fué a la cocina a enterarse del estado de las provisiones. El antiguo gran duque Pablo estaba ocupado batiendo huevos. Tampoco había podido acostumbrarse a su situación dolorosa.

—Si te hubieses casado con Alberto, no tendría necesidad de estar aquí trabajando — murmuró.

—¿Por qué no le pones buena cara al mal tiempo, Pablo? Ahora nuestra vida es así. No

pensemos en la que perdimos — respondió ella con dulce resignación.

En aquel instante, llegaba un automóvil ante el merendero, conduciendo a Alberto Belfort y a varios amigos, entre ellos Mary. Regresaban de las carreras de caballos y se detenían allí para refrescar el gaznate.

—Id al merendero... mientras yo os espero aquí — dijo Alberto, sin moverse del automóvil.

Sus amigos penetraron en el local, alborotando con sus gritos. Mary llamó al camarero Pedro y le dijo:

—Haga el favor de servir una copa de champagne al caballero que está en el auto.

El gran duque, con el dorado vino salió al exterior y reconoció, asombrado, al antiguo camarero de la duquesa.

También Alberto le miró con emoción. ¡El gran duque Pedro! Descendió del automóvil y abrazó campechano a este conocido.

—Alteza... usted aquí... ¡y de ese modo!... ¿y Zenia?

—Allá dentro — murmuró él.

Alberto penetró en el local y ante él se presentó la adorable figura de Zenia.

La duquesa dió un grito de sorpresa; turbada, dejó caer un pañuelo que llevaba en la mano y salió al jardín.

La condesa Avaloff fué al encuentro de Alberto.

—¡Oh, condesa!

La saludó cordialmente, y luego al duque

Pablo que había salido de la cocina y que iba con gorro y mandil.

El millonario estaba absorto al contemplar a sus antiguos amigos. ¡A tal punto les había llevado la necesidad!



—¡Oh, condesa!

Dió un habano a Pablo, quien lo saboreó recordando los buenos tiempos.

Y se abrió paso entre sus amigos, que le miraban con extrañeza. Mary creyó reconocer a la duquesa de la Opera y se consideró vencida. Alberto ya sólo viviría en lo sucesivo por aquéllo.

El antiguo camarero recogió el pañuelo de la amada y salió al jardín. En él, aguardándole, con turbación adorable, estaba la orgullosa rusa.

Se acercó Alberto y puso el pañuelo en sus manos, mientras los duques, Maxine y la con-



*...los duques, Maxime y la condesa contemplaban la escena desde la puerta del jardín.*

desa contemplaban la escena desde la puerta del jardín, el gran duque Pablo con el buen puro regalado por Alberto en la mano, y el gran duque Pedro con una botella de champaña. ¡Volvía la esplendidez!

—Zenia, le dijo — besando la punta de sus

dedos rosa—. Zenia mía... Por fin te encuentro. ¿Por qué te alejaste de mí?

Ella clavó sus negros ojos en las pupilas del joven.

—Alberto... ya no puedo ser tuya... estoy avergonzada... Pagué tan mal tu generosidad... Huí de tu lado para olvidarlo todo...

—Todo... menos a mí! — respondió él, con ternura—. Dime, Zenia de mi alma: ¿me quieres?

—¡Alberto!...

—¿Ya no te avergonzarás de tu camarero?... Zenia... mi Zenia... Ahora ya nada podrá separarnos ¡Bendita la casualidad que me trajo a tu nuevo hogar!

Y en el jardín siguió escuchándose la voz del amor, eterno himno...

FIN

**PRÓXIMO NÚMERO:**

la sentimental novela

**CARMÍÑA, FLOR DE GALICIA**

Magistral creación de la gran artista española

**MARUJA DEL MAZO**

**GRAN ASUNTO**

Postal-fotografía regalo: CAPELLANI

La Novela Semanal Cinematográfica

Sale todos los miércoles. Precio 25 céntimos.

**¡SIEMPRE LAS MEJORES PELÍCULAS!**

\* \* \* \* \*

COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las selectas

EDICIONES ESPECIALES

DE

LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRÁFICA

*La Viuda Alegre*, por Mae Murray y John Gilbert.—*El Gran Desfile*, por John Gilbert y Renée Adorée.—*Miguel Strogoff o El Correo del Zar*, por Ivan Mosjoukine y Natalia Kovanko.—*La Princesa que supo amar*, por Huguette Dufflos y Charles de Roche.—*El Coche núm. 13*, por Lili Damita.—*Sin Familia*, por Leslie Shaw.—*Mare Nostrum*, por Alice Terry y Antonio Moreno.

EN PREPARACIÓN:

**Nantás, el hombre que se vendió**

por Lucienne Legrand y Donatien.

Y

**C O B R A**

por el malogrado Rodolfo Valentino.

**¡SIEMPRE LO MAS GRANDE!**

\* \* \* \* \*

## *A los Lectores*

*PIDA en todos los puntos de venta de España y a todos los Corresponsales, los números que le falten para tener completas las colecciones de las publicaciones de*

## **LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA**

*!! NO LO OLVIDE NI LO DEMORE !!*

## *A los Corresponsales*

*Le interesa tener stocks de todos los números de las publicaciones de*

## **La Novela Semanal Cinematográfica**

*Pronto: Grandes Concursos  
Valiosos premios*

*Pida  
detalles  
a*

**LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA**  
*Vía Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA*